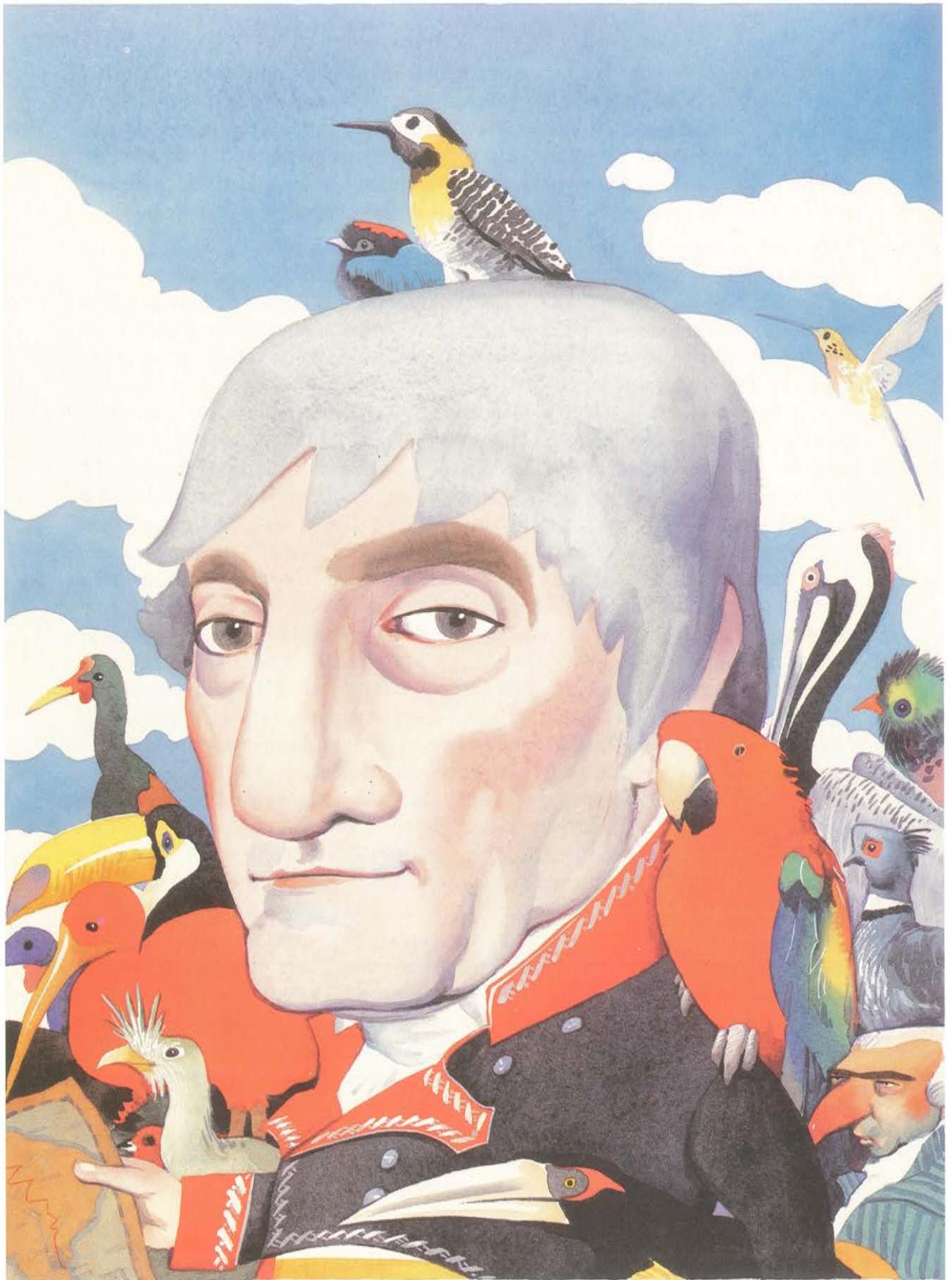


# FÉLIX DE AZARA

## EN LAS SELVAS DEL YACARÉ

**L**isboa se había quedado varada bajo un prisma de ceniza. Desde un ángulo de cubierta, acodado en un baúl de víveres e instrumentos de precisión, Félix de Azara contempló las casas encaladas y la estatua ecuestre del muelle. Las callejas aparecían desiertas y sólo algunos carruajes se detenían ante las portaladas de los conventos y los palacios. Ante el solanar de los laureles y las avenidas de granados y camelias. Azara se concentró en el cielo neblinoso, en las nubes inmóviles. Estaba el mar en calma, con el agua convencida. Todo hacía presumir una travesía incierta y dilatada. ¿Cómo saber, con absoluta certidumbre, qué escondía América en su lejanía, en sus selvas y en aquellas ciudades que ocultaban bajo el légamo o en la ribera ardiente minas de oro y de piedras preciosas? El explorador e ingeniero se imaginó una tierra inquietante barrida por el viento abrasador y una enramada, tenebrosa y rugiente, habitada por pájaros irisados, ofidios y un búho carnicero. Los ríos se le antojaron sinuosos como una anaconda bajo una espesa maleza que niega el sol.

No estaba seguro de cuál era su misión. Su inmediato superior, José Varela, también zozobraba en la imprecisión. Habían partido para ayudar a fijar, de una vez por todas, los límites de las posesiones de España y Portugal en las Indias. Aunque ambos sabían que al país vecino no le entusiasmaba la misión de los topógrafos. Sus gobernantes se sentían mucho más cómodos así, desplazándose de aquí para allá, con total libertad de movimientos. Los portugueses buscaban esmeraldas, oro y plata y capturaban indígenas, a los que vendían como esclavos. Con total impunidad, robaban caballos y practicaban el contrabando. Se escurrían silenciosamente por la espesura de algarrobos y tomaban los poblados al anochecer. No sólo se comportaban como bandidos, sino como colonos. Se asentaban con sus mujeres e hijos en algunas zonas y se dedicaban al pastoreo, al intercambio comercial o a la pesca en el Amazonas. A los españoles, sin embargo, los arrastraba su espíritu guerrero y un



ímpetu febril. Extraviados por regiones confusas de pirañas y mosquitos, de boas y lianas, sucumbían de agotamiento y desesperación con un único nombre en los labios: «Eldorado». Eran como peregrinos alucinados, bajo su armadura y el morrión de plumas, que erraban entre los ríos arteriales y las panteras con rumbo incierto, como si la naturaleza exuberante los hubiese desterrado en un arrabal de la sinrazón. Pero eso no debía preocuparles. Su trabajo se preveía apasionante y lleno de escollos.

Desembarcaron en Río de Janeiro. El Virrey les asignó lugares distintos y, tras un fugaz encuentro con las autoridades lusitanas, Azara se dirigió a Asunción. Acababa de ser nombrado capitán de fragata y allí debería esperar la llegada de los comisarios de Portugal para empezar a operar. Se hartó de aguardar y, sin abandonar del todo la capital de Paraguay, inició sus excursiones por la selva. Falto de libros, falto de amistades y de emociones auténticas, salvo alguna que otra mulata de tez clara que ofrecía su cuerpo cimbreante sobre pieles de jaguar, Azara se convirtió en naturalista. Organizó expediciones clandestinas por todo el país, orientándose por el sol del mediodía y el curso de los astros. Siguió a pie y a caballo el cauce del Paraná y del Corrientes, estuvo en Villarica, escaló la cordillera del Paraguay y recaló en los abruptos bosques de sierpes y yacarés de Misiones y San Ignacio, donde conoció al sacerdote y botánico Pedro Blas Nosedá, que se convertiría en uno de sus más estrechos colaboradores. Desapareció durante varios días en las ruinas de los antiguos villorrios y descubrió cementerios de huesos, una necrópolis infinita de huesos de más de mil caballos que se habían quedado enterrados en el barrizal de la laguna. Se interesó no sólo por la orografía de la zona, sino por sus aves y sus animales. Desempolvaba la historia y se zambullía en la vida cotidiana de los indios salvajes que aún seguían temiendo, como a la peste, el hacha de los conquistadores de antaño. Azara y sus hombres, para evitar la hostilidad de los nativos y su fina puntería con la balleta y los dardos envenenados, les llevaban abalorios, botellas y pellejos de aguardiente, y cuchillos. Por todo equipaje, los soldados del aragonés portaban ropa, café, un poco de sal, tabaco y algo de mate. En ocasiones, al geógrafo lo acompañaba una tropa de medio centenar de fieles, casi una docena de caballos por cada sirviente y una manada de perros. Se alimentaban de carne salada de vaca y, cuando se agotaban los víveres, mataban armadillos y tatuejos. La caballería era una buena defensa contra los riesgos de la selva. Su sola presencia ahuyentaba las bestias, sobre todo a los reptiles y algunos mamíferos, aunque con frecuencia Azara contempló la agonía de casi cuatro horas de una yegua o de un can que habían sido mordidos por una víbora o por una serpiente. Las huestes del naturalista plantaban el campamento al atardecer. Hacían una choza para su jefe y tronchaban ramas frondosas en cuyo interior colocaban las pieles de vaca. Se acostaban entre la humedad y los murmullos desconocidos de las alimañas. Al cabo de un rato empezaban a notar el movimiento de las culebras por entre las mantas. Se ovillaban en búsqueda del calor y allí se quedaban, dormidas e inocuas. En más de una ocasión, ya avanzada la noche, los colaboradores de Azara y el mismo geógrafo percibían un estremecimiento suavísimo en

la barriga, un hormiguelo lento y reptante que se acercaba a las orejas y al cabello, o que avanzaba hacia el pubis y el recto. En esos instantes, nadie rechistaba. Casi no se respiraba. Una sola contracción de pánico hubiera sido mortal.

El naturalista no cesaba de desplazarse entre los pantanos, los despeñaderos, las suaves colinas o las espeluznantes encrucijadas del bosque. Sorteó todas las asechanzas, la cólera de los enemigos y las emboscadas imprevistas. Algunos de sus guías fallecieron de súbito bajo un vendaval de flechas: sin que mediase nada ni se oyese otro rumor en el monte que el de las ardillas o el viento enloquecido de la arboleda, una descarga homicida les partía el corazón. Los animales también estaban al acecho: los avestruces, los tigres, el jaguar. Los expedicionarios emprendían la caza del tigre cuyas pieles eran muy valoradas. Dos jinetes los perseguían hasta que buscaban refugio en un árbol o en una roca. Se acercaban y los azuzaban con lanzas y varaes. Cuando la bestia intentaba irse de nuevo, arrojándose sobre el sendero, la sujetaban con dos lazos colocados en lugares opuestos y, en caso de amenaza, la remataban con la munición de los mosquetones.

Azara hacía de todo, a pesar de que carecía de una preparación idónea de naturalista. Sólo conocía los manuales del francés Buffon, pero atesoraba una gran intuición. Era muy ordenado, inteligente y tenaz en sus pesquisas. Estudiaba la geografía y la flora. Inventariaba las razas, los hábitos y la cultura de los indígenas. Redactaba textos descriptivos sobre lo que iba viendo (al principio, lo hacía desde una perspectiva literaria; pero luego, adoptó un estilo más escueto y científico) y recogía todos los pájaros, hasta el punto de que, alrededor de 1790, le envió al Conde de Florida-blanca más de cuatrocientos frascos con aves en alcohol, que en España se condenaron al olvido por impericia y por desconocimiento. También confeccionaba mapas y planos, y analizó, de un modo especial, a los indios charrúas. Tenían el rostro ateizado y desconfiaban de las armas de fuego. Usaban lanzas con una punta de hierro, carcaj y a nadie le prestaban su caballo. Los hombres iban desnudos por completo, con el sexo languideciente al descubierto, y las mujeres cuando tenían su primera menstruación se marcaban la frente con tres señales indelebles. Eran polígamos, pero casi nadie practicaba la promiscuidad; existía el divorcio y el adulterio estaba penalizado con varias puñadas o un combate en torno a una hoguera. Las mujeres tenían un rarísimo hábito: les encantaba jugar con las pulgas y los piojos. Cuando atrapaban algunos, los colocaban sobre la lengua y los depositaban sobre ella un rato, como si flotasen en la saliva. Luego, con total parsimonia, se los comían como si fuesen un manjar de dioses. Relata Azara que las mujeres eran puercas, que no se lavaban jamás y que ni siquiera barrían los toldos. Los indios charrúas enterraban a sus muertos en un pequeño cerro y, antes de cubrirlos de tierra, sacrificaban a su caballo. Durante una docena de días, los niños depositaban al pie de la tumba agua, perdices y huevos cocidos. En sus memorias, el comisionado anotó que vieron vacas sin cuernos, cerdos blancos y negros, panteras con ojos de azogue y flores carnívoras

que se alimentaban de sapos, ranas, iguanas y lagartijas, así como enormes manadas de animales perezosos y el tránsito lento de los cangrejos terrestres.

Esto da una idea del rigor de Félix de Azara. Estaba aplicando un método de trabajo de campo, de experiencia científica basada en la observación, que admiraría más de medio siglo después a Charles Darwin. Al cabo de unos días, regresaba a Asunción y corregía sus notas, evitaba duplicidades en sus catálogos de pájaros y bestias, y se encerraba en los archivos. Revisaba todos los legajos, los documentos escritos, etc., hasta que surgieron los primeros recelos. El gobernador de Asunción se sentía celoso de sus hallazgos y lo denunció varias veces. Pero no sólo eso, sino que le impidió el acceso a los documentos. Le retiró las llaves al responsable del recinto, Antonio Zabala, y se las entregó a uno de sus confidentes, que estaba perdido en un ignoto confín de la selva. A la envidia, se le sumó la hipocresía y la calumnia y, sin advertir de ello a nadie, pretendió hacer creer a todo el mando español que él era el autor de la *Historia de las Aves y los Cuadrúpedos* del aragonés: envió sus originales a la Corte, pero Azara conservaba otras copias. Antes, también sin lograrlo, había querido desacreditar al científico argumentando que «Azara no había levantado sus mapas y compuesto sus memorias más que para entregárselos a los portugueses».

Al cabo de cerca de 20 años de investigación en Paraguay, Río de la Plata y Buenos Aires, a Félix de Azara le otorgaron el mando de la frontera con Brasil. Allí estableció familias, edificó iglesias y les asignó capellán, con la colaboración del Marqués de Avilés. Desplegó una actividad impresionante y fundó ciudades. Pacificó una región que estaba tomada por el contrabando, por la ferocidad de los indios y por los forajidos. Detuvo a algunos ladrones que se dedicaban al robo de caballos para venderlos luego en la Patagonia o en Brasil, y al secuestro de mujeres hermosas. Habían sido muchos años de vida solitaria y nómada, de huracanes y semanas completas de diluvios, y pidió permiso para regresar. Desembarcó en Málaga en 1801, cargado de textos inéditos, informes y curiosidades, objetos insólitos, pájaros disecados, cuadrúpedos, y recuerdos imborrables.

Su hermano José Nicolás de Azara residía en París, donde era embajador y amigo personal de Napoleón Bonaparte. Acudió a su encuentro y el diplomático lo presentó en las sociedades científicas. Félix fue agasajado con toda suerte de honores en el Museo de Historia Natural. Durante unas horas, conversó con el héroe corso. En 1802 se publicó en francés su libro *Historia natural de los pájaros*. Félix de Azara tenía un designio secreto (retornar a la casa solariega de Barbuñales, donde nació en 1742) y por ello rechazó todos los ofrecimientos, sobre todo el cargo de virrey en México. No quería retornar a las Indias. Creía que había acumulado suficientes esfuerzos, frutos y peligros, y que traía una memoria tan caudalosa de sus hábitos y de su hermosura torrencial, que debía compilarla con paciencia. La muerte de José Nicolás en 1804 fue otro detonante definitivo y coincidió con su encuentro con Francisco de Goya. Posó en varias sesiones para él y lo informó minuciosamente de los animales de América que el artista trasladó con enigmática mano a su espléndido retrato.

En 1808, se retiró a la fortaleza de la familia para ultimar sus proyectos y sus estudios. El idilio con el paisaje nativo se rompió de inmediato con la Guerra de la Independencia. Durante unos días, el explorador dudó. Recordó su acogida en París, sus ediciones, los parabienes que le habían rendido los naturalistas galos y el interés que habían demostrado por sus viajes y sus descubrimientos; recordó a Napoleón, amigo y protector de su hermano. Pero eso no fue suficiente: Azara —un nacionalista confeso, y mejor patriota—, ofreció su ayuda y su dinero a Palafox. La venganza no tardó en llegar y sólo unas semanas después le saquearon la hacienda y le incendiaron establos, patios y dependencias. Se refugió ocasionalmente en Barbastro y Huesca. Al término de la batalla pudo retornar a su casa y compartió allí sus últimos años con su hermano Antonio. Escribía desde al amanecer. Limpiaba de impurezas sus manuscritos y les confería el aspecto de un libro. ¡Cómo iba a olvidar el corazón trepidante de la selva, aquel paraíso amenazante de osarios, anacondas y ramajes! ¿Quién podría borrar las estampas del horror, los rostros comidos por los mosquitos, la faz convulsa de las indígenas que abortaban bajo la arboleda, sobre un gran charco de sangre! ¡Cuántos baños en los arroyos calientes, cuánta soledad bajo el cielo oscuro y denso de tigres, águilas y serpientes!

Azara rememoraba día tras día sus hazañas, el extenuado silencio de las ciudades bajo el aguacero, el sonido del elevado campanario contra el cristal turbio del atardecer. Pero no sólo se dedicó a remediar el caos del pretérito, sino que realizó estudios de vegetación y flora de su comarca, y colaboró en la política local. Salía de paseo todos los días por los sotobosques, las planicies, las fincas acotadas y los praderíos. Descendía a los barrancales y subía hasta los peñascos y las terrazas de olivos y viñedos con su montura y sus perros de compañía. Mantenía una incesante correspondencia con otros expertos europeos y se sentía feliz, alejado de la Corte y recluso en su gabinete. En su interior, rodeado de huesos de león, piedras preciosas y dibujos, creía que en su estancia se reanimaba un mundo que, a medida que lo describía y lo fijaba para la eternidad, le parecía únicamente una quimera imposible, el rastro de un sueño al que ahora le ponía alas, nombres propios y un bestiario fabuloso. Pero que, como todos los sueños, era irreal, desmesurado e ilógico. O, únicamente, un buen ardid del destino para aliviarle la vejez y arrojarle un arsenal de melancolía en las veredas inexploradas que conducen a la muerte.

